



Homilía

Vigilia Pascual

Santa Iglesia Catedral, Sábado Santo 23 de abril de 2011

Queridos hermanos sacerdotes; saludamos especialmente a los fieles de la Parroquia de “Ntra. Sra. de los Dolores”, que junto a su Párroco –D. Manuel, maestro de ceremonia- están llevando hoy la liturgia; hermanos todos, convocados por el Señor en esta Vigilia Pascual de la Resurrección:

Después de haber acompañado a Nuestro Señor Jesucristo en su Pasión a lo largo de toda la Semana Santa, llegamos a esta noche de Pascua en la que, en todos los rincones de la tierra, la Iglesia está velando despierta para celebrar el triunfo del Amor, el triunfo de la Luz sobre las tinieblas, la victoria de la Vida sobre la muerte. En el silencio de la Noche Santa y maravillosa, Cristo resucita. Levantado de entre los muertos sale vivo y glorioso del sepulcro, resucitado para siempre. Luz de luz, Dios de Dios, Vida de la Vida que invade la entera existencia humana.

En esta liturgia de la Vigilia Pascual, la Iglesia nos hace contemporáneos de la gran victoria de la Cruz. Cristo resucita HOY, este acontecimiento es actual, no es un mero recuerdo de algo pasado. Y ésta es nuestra fe y nuestra esperanza porque la salvación por la Resurrección de Cristo es también una experiencia de HOY para todos nosotros. A los que velamos en esta noche para introducirnos con Cristo en su propia Pascua, en su propio **“paso”** de este mundo al Padre, se nos ofrece sumergirnos de nuevo en el misterio de nuestro bautismo y renovar así nuestra pertenencia al Señor mediante la victoria del perdón y del Amor de Dios.

En la abundante proclamación de la Palabra que nos ha propuesto la Iglesia, hemos hecho un recorrido por las Sagradas Escrituras. La presencia del cirio encendido es todo un símbolo que nos ha llevado, como a los discípulos de Emaús, a entrar dentro de la historia de la Salvación y, a su luz, dejar arder nuestro corazón. Como a ellos, también a nosotros el Espíritu del Señor, presente en la asamblea, nos ha mostrado el gran proyecto de Dios para redimir al mundo. Lo que se anunciaba y prometía en el Antiguo Testamento, ahora se ha cumplido de verdad.

Con palabras de San Pablo podemos dar **“gracias al Padre que nos ha hecho capaces de participar de la herencia del pueblo santo en la luz ... nos ha arrancado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al Reino de su Hijo querido”** (Cf Col 1, 12-13). En efecto, el lucernario de entrada nos ha permitido vernos como el pueblo que camina a la luz de Cristo Resucitado en busca del encuentro definitivo con el Señor para participar con Él eternamente en la mesa del Reino de los Cielos.

Las lecturas nos han presentado una síntesis de la historia de amor de Dios con los hombres. Las tres primeras, para realzar esta noche santa, nos han traído las grandes intervenciones de Dios precisamente durante la noche. Del caos primitivo, donde **“el Espíritu aleteaba sobre las aguas”** (cf Gén 1,2), surgió el mundo maravilloso de la creación. La noche del sacrificio de Isaac nos muestra que si fue fructífera la obediencia de Abraham, cuanto más ha de ser la obediencia de Cristo, que es el verdadero **“cordero de Dios que quita el Pecado del mundo”** (cf Jn 1, 29). De la misma forma, la noche en que Dios veló por salvar a los esclavos israelitas del poder de Egipto, marca el nacimiento del **“pueblo de Dios”**.

Pero, si a orillas del mar Rojo Israel fue liberado del ejército del faraón, ahora, a orillas de las aguas del bautismo, Cristo nos libera de los poderes de la idolatría, nos libera de la muerte y de la esclavitud del príncipe de este mundo. Es la victoria de Dios sobre el poder del mal significada, como una parábola, en la rica liturgia de esta Vigilia Pascual. Por eso, cuando hagamos la renovación de las promesas bautismales reviviremos la alegría del canto de Moisés que hemos ido proclamando, porque hoy el agua –como la luz- tiene un protagonismo especial: **“¡Precipitó en el mar caballo y caballero!”**.

Las cuatro lecturas siguientes, todas ellas de los profetas, nos hablan del amor redentor de Dios, de la alianza eterna hecha con su pueblo; a través de ellas el Señor nos seduce con su ternura y su amor. A pesar de nuestras infidelidades, Dios reafirma su compromiso matrimonial y nos asegura que su fidelidad no nos abandonará nunca; que su **"alianza de paz"** no se romperá jamás. No temamos, pues, volvernos a Él, que viene para revestirnos de su gloria y majestad.

Por tanto, hermanos, si en esta madrugada del sábado, al alborear el primer día de la semana, al igual que aquellas mujeres que se dirigían al sepulcro, hemos venido aquí pensando que todo sigue igual, que no hay solución para nuestra vida, que venimos por añoranza o por costumbre... abramos los ojos y, como ellas, escuchemos al Ángel de Dios que nos dice **"vosotras no temáis"**. Recibamos con gozo el anuncio que arranca también la losa de nuestro corazón: **NO ESTA AQUÍ, HA RESUCITADO.**

Ese anuncio despierta en las mujeres la evidencia de que la muerte en cruz la no ha sido la última palabra sobre Jesús. ¡Ha resucitado! Ha empezado algo nuevo. Jesús ya no está entre los muertos. Jesús continúa siendo el camino a seguir y **"Va por delante de nosotros a Galilea"**.

Y en medio de la expectación y el desconcierto, el mismo Jesús se les hace presente, saludándolas de manera natural y repitiéndoles el encargo del ángel. Pero, así como el ángel hablaba de los **"discípulos"**, Jesús habla de **"sus hermanos"**. ¡El Señor, el crucificado-resucitado, es nuestro hermano! Un hermano que nos invita a hacer su mismo camino, el camino hacia el Padre, el camino que conduce de la muerte a la vida. Con Él ahora podemos desafiar todo lo que significa miedo al fracaso o a la muerte; y poder recorrer en plenitud el camino del amor: con Jesús es posible, por tanto, hablar de matrimonio para toda la vida, consagrar la vida a la oración y a la atención de los más necesitados... con Jesús Resucitado es posible comenzar a vivir el cielo aquí en la tierra.

Por eso, ahora tendremos la ocasión de poder manifestar nuestro **"sí"** a seguirlo, confirmando nuestra decisión de asociarnos a su muerte y resurrección mediante la renovación de nuestras **"promesas bautismales"**, porque con Cristo somos una criatura nueva; y renunciaremos a Satanás y a sus seducciones para adherirnos al único Dueño y Señor de nuestras vidas: **"si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él"** (Rm 6,8). Porque como afirma San Gregorio Nacianceno: la Pascua es el día que borra todo recuerdo de nuestra condena; ayer éramos hijos de los hombres, hoy nacemos hijos de Dios.

Y a continuación la alegría del encuentro con nuestro Dios que está vivo, que viene a nuestro encuentro hoy para mostrarnos, sentados a su Mesa, que su amor es más fuerte que todo lo que oscurece la ilusión y la esperanza. Entraremos en el festín de la Iglesia y comeremos del banquete del Cordero Resucitado: Jesús mismo.

Comamos, pues, con verdadero gozo el Cuerpo de Cristo y recibamos su Vida inmortal, esa vida que ha hecho hoy temblar la muerte y el pecado. Comamos el Pan del cielo para que sea Cristo quien comienza ya a vivir en nosotros. Acudamos cantando con alegría a beber de la fuente de vida que brota del Corazón traspasado del Señor, recibiendo en nosotros al mismo Jesús Resucitado.

Dejémonos por tanto, sorprender en esta noche por el mismo Señor de la Historia que, como a las mujeres, quiere hacernos testigos de su amor y mensajeros de la Buena Noticia: **"ha resucitado el Señor, como lo había dicho, y va delante de nosotros ..."** (cf Mt 28,7). Todos tenemos una cita con Él en la Galilea de la evangelización. **"Allí"** le veremos.

Que la Virgen María, nuestra Madre, primera en ver la Resurrección de su Hijo, nos haga dignos de sentir esta Noche que la Vida de Cristo, es también vida eterna para nosotros, y con su misma gracia poder exclamar: **"proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador"** (cf Lc 1, 46-47). Así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez